

Para Sobrevivir la URSS Requiere de paz

Jueves 29, Dic., 1988

Era Ejército o Perestroika

- ★ Su Economía ya no Puede Mantener el Aparato Bélico
- ★ Bush También Tendrá que Cancelar Varios Proyectos
- ★ Japón y la RFA Pudieron Concentrarse en Progresar

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 28 de diciembre.—Esta es mi última columna desde Nueva York, pues he concluido el compromiso académico que hace varios meses me trajo a esta ciudad. Deseo cerrar la serie de artículos con una reflexión de carácter general en torno de ciertos aspectos del sistema internacional y sus efectos en países como el nuestro. No es, finalmente, una reflexión optimista.

Dos son los fenómenos positivos que en la actualidad resaltan por sobre muchos otros en el sistema político mundial. Por un lado, la disminución en la intensidad del conflicto entre las dos superpotencias mundiales: Estados Unidos y la Unión Soviética. A tal punto ha bajado la tensión entre los dos gigantes, que ya hay quienes anuncian que, tras cuarenta años, la tristemente célebre "Guerra Fría" ha concluido. Por otro lado, también está el hecho de que, pese a su enorme poder, esas superpotencias se han visto impotentes para imponer sus soluciones en algunas de las regiones del mundo periférico, lo cual muestra que la acción imperial tiene límites.

En efecto, tras ocho años de gobierno, Reagan

Era Ejército o Perestroika

sigue de la primera plana

va a dejar la presidencia de Estados Unidos sin haber podido cumplir dos de los propósitos centrales de su política exterior: destruir el régimen sandinista e imponer su solución en la guerra civil que sigue librándose en El Salvador. Mijail Gorbachov, por su parte, decidió sacar las conclusiones apropiadas de la experiencia afgana (una aventura similar a la estadounidense en Vietnam), y aceptó sin entusiasmo pero de manera inequívoca, que carece de sentido político mantener indefinidamente la presencia soviética en Afganistán, pues la resistencia a la ocupación no da señales de desaparecer sino todo lo contrario.

En su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Secretario General de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, decidió ya no referirse a la lucha de clases como motor de la historia; por tanto, tampoco dio mayor importancia a la contraparte de esa lucha a escala internacional: al conflicto entre imperialismo y antiimperialismo. En contraste con el discurso soviético tradicional, Gorbachov subrayó que la meta a la que deberían aspirar todos los Estados nacionales, independientemente de su estructura de clase y de su posición en el contexto internacional, era la de lograr que prevaleciera por sobre las diferencias, el respeto a los "valores humanos", término cargado de connotaciones positivas pero que quedó sin definición concreta.

En las Naciones Unidas el líder soviético también decidió dejar de lado el lenguaje de la confrontación con los países capitalistas y en cambio se propuso hacer de una necesidad una virtud y fue así que de manera unilateral ofreció reducir sus tropas en Europa en medio millón de hombres y su fuerza de tanques en 5 mil. No hay duda, pues, que el nuevo liderazgo soviético ha dejado de ver su papel internacional como el propio de quienes buscan sustituir el actual orden de cosas por otro, supuestamente mejor, más justo. Ahora la Unión Soviética es otra gran fuerza en favor de la transformación lenta, pacífica, por la vía de la cooperación, que es una manera de apoyar, de hecho, el mantenimiento del status quo.

Nadie en su sano juicio, e independientemente de su ideología, puede negar que la sorpresiva decisión soviética en torno de la disminución de su ejército es positiva en cuanto contribuye a alejar las posibilidades de una catastrófica Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, todo mundo sabe que el contexto en que se hace esta reducción de tropas no es uno en donde el socialismo lleva ya la delantera al capitalismo, sino otro muy distinto: el de una crisis profunda en el sistema productivo soviético. La economía de la Unión Soviética simplemente no cuenta con los recursos para, a la vez, mantener el enorme aparato militar que hoy tiene y hacer realidad el ofrecimiento de la perestroika de un mejor nivel de vida a una sociedad que por mucho tiempo ha sacrificado la calidad y cantidad de su consumo

en aras del mantenimiento del gran aparato militar que le permite seguir siendo el formidable rival de Estados Unidos que aún es.

De ahí que Gorbachov haya decidido romper las enormes inercias del pasado y apostar su futuro político a la construcción de una economía que esté dirigida más a la producción civil y menos a la militar. Para sobrevivir políticamente, el dirigente soviético requiere de un ambiente internacional pacífico y predecible, y si para ello es necesario que su país y su partido renuncien a ciertos principios básicos del socialismo tradicional, pues que así sea.

Estados Unidos no ha dado un paso tan dramático como el anunciado por los soviéticos, pues su urgencia de una disminución en las tensiones internacionales es relativamente menor que la de los soviéticos. De ahí que algunos de los ideólogos de la política exterior norteamericana hayan decidido fairmar que, en caso de que la Guerra Fría haya efectivamente terminado, entonces la victoria la tuvo Estados Unidos, pues nunca dio nada a cambio de la dramática modificación de la actitud soviética. Sin embargo, y pese a que la economía norteamericana no da señales de entrar en una etapa de decaimiento, a nadie escapa que en el mediano plazo se enfrenta a problemas muy serios. Washington tampoco puede seguir adelante con su enorme gasto militar y asegurar el alto nivel de vida del grueso de la población estadounidense.

En realidad, una de las tareas de quien será el secretario de Defensa del futuro gobierno encabezado por George Bush, el antiguo senador John Tower, va a ser precisamente tratar de cuadrar el círculo: seguir adelante con la construcción de la famosa "Iniciativa de Defensa Estratégica" ("Guerra de las Galaxias") —una demanda multimillonaria de la extrema derecha republicana— y reducir el gasto militar. Esto último resulta necesario para cumplir con la promesa electoral de no aumentar impuestos y, a la vez, disminuir el enorme déficit fiscal que Ronald Reagan le legará a George Bush. De manera menos dramática que Gorbachov, Bush tendrá que anunciar la desactivación de una parte de su flota y, sobre todo, la cancelación de ciertos nuevos proyectos cuyo costo ya resulta prohibitivo para Estados Unidos, como quizá llegue a ser el caso del nuevo bombardero que se acaba de presentar al público y que, al menos por ahora, puede penetrar las defensas soviéticas sin ser descubierto por el radar. Y no es esa la única arma cuya producción masiva está en entredicho, son muchas más.

En ciertos periodos históricos, el surgimiento de límites materiales a la capacidad de los imperios militares de imponer su voluntad en el contexto internacional, significó una ganancia relativa para los actores subordinados, es decir, los que estaban en sus zonas de influencia. Sin embargo, ese no parece ser el caso ahora. Y la razón es que como respuesta al descubrimiento de

sus limitaciones, los dos imperios están llegando, poco a poco, a un arreglo concertado de sus diferencias. Y estos arreglos impiden que los países periféricos exploten en su favor las contradicciones entre las metrópolis.

Ahora que está a punto de cerrarse el siglo XX, los únicos países que parecen estar ganando algo de esta decadencia concertada entre los imperios norteamericano y soviético, parecen ser justamente esos imperialistas que fueron derrotados en 1945 pero rehabilitados poco más tarde por los imperativos de la Guerra Fría. En efecto, a partir de los años cincuenta, Japón y Alemania Occidental pudieron dedicar casi todas sus energías sociales, políticas y culturales al desarrollo económico sin preocuparse de gastos militares y responsabilidades internacionales. Su éxito fue fantástico y ahora ellos son los nuevos centros del capitalismo mundial. Es posible que de manera menos dramática, Europa Occidental en su conjunto, con su gran mercado común, y China, también se puedan beneficiar del actual cambio en la atmósfera internacional.

Para este selecto grupo de países, el proceso internacional actual se puede ver como un juego de suma cero, es decir, que la influencia que pierden unos —Estados Unidos y la Unión Soviética— la ganan otros.

Sin embargo, para los países realmente periféricos, entre los que se encuentran todos los de América Latina, África y una buena parte de Asia, la decadencia de los imperios no parece estar abriendo ninguna posibilidad de mejoramiento en su posición relativa o absoluta en el contexto mundial.

No creo que se necesite elaborar mucho la proposición de que para Cuba o Nicaragua, especialmente Nicaragua, en el mediano plazo la disminución de las tensiones entre Moscú y Washington les puede asegurar una baja prioridad en la lista de compromisos internacionales económicos y militares soviéticos. Ni qué decir que también se reducen a casi cero las posibilidades de que en el futuro un tercer país latinoamericano encuentre una respuesta positiva en la Unión Soviética a su demanda de ayuda frente a Estados Unidos.

Para los que nos encontramos en la órbita de influencia norteamericana las posibilidades no son mejores. Estados Unidos sólo dio ayuda masiva a aquellos países subdesarrollados que se encontraban en la primera línea de defensa en la época de mayor intensidad de la Guerra Fría, como fue el caso de Grecia, Taiwán o Corea. La poca recordada "Alianza para el Progreso" de los años sesenta fue un programa muy diluido de ayuda a Latinoamérica en

la época en que a Estados Unidos le preocupaba la posible expansión del proceso revolucionario cubano a otros países de la región latinoamericana, pero ese temor ya pasó.

El alivio de la carga de la deuda externa —que hoy por hoy es una de las grandes cargas que están impidiendo cualquier avance sustantivo en el desarrollo económico de América Latina— representa un costo económico y político interno que un Estados Unidos libre del temor de una expansión de la influencia soviética, y en cambio lleno de problemas fiscales, no tiene ningún deseo ni necesidad de afrontar.

A fin de cuentas, y desde el punto de vista estadounidense, si las penalidades sin cuento causadas por la deuda externa y la reconversión industrial latinoamericana, llevan a las sociedades al sur del río Bravo a callejones sin salida, eso afectará ya muy poco a los intereses de seguridad de Estados Unidos, pues ya tiene que preocuparse de los efectos en la región de su rivalidad con los soviéticos.

En las nuevas circunstancias ni la Unión Soviética ni ninguna otra potencia internacional va a aprovechar en contra de la seguridad estadounidense la in-gobernabilidad que se pueda darse en América Latina como consecuencia de los terribles efectos de la crisis económica. Quizá sólo

éxico pueda ser una excepción, y eso porque la contigüidad geográfica entre los dos países, hace que algunos de los temas de la crisis mexicana, como son la migración indocumentada, el narcotráfico o las conurbaciones en las ciudades fronterizas, afectan negativamente a algunos intereses internos estadounidenses. Otra manera de decir lo mismo es que ahora en Washington puede haber menos urgencia por hacer algo en relación a América Latina, pues el precio político de dejar que las inercias determinen el futuro, es menor porque el ambiente internacional es mucho más manejable como resultado de la conversión soviética a una coexistencia pacífica verdadera con las potencias de Occidente.

En resumen, el peligro de que un conflicto nuclear acabe con la civilización y la vida humana misma, quizá vaya disminuyendo y eso es algo que todos debemos celebrar. Sin embargo, ese punto brillante en el horizonte internacional pierde mucha de su luz cuando se le observa desde el terrible mundo de la periferia de los imperios. Ahí, y para usar unas de las palabras de Hobbes, la vida parece tender a hacerse corta y brutal. Tal parece que, en cuanto periferia, nuestro destino será seguir siendo el "ejército de reserva" de los grandes centros económicos mundiales. Y esa no fue la promesa que nuestros líderes nos hicieron en esa época no muy lejana en el tiempo, cuando los términos antiimperialismo, independencia y revolución, parecían abrir las puertas de un futuro mejor a los "condenados de la tierra".